DÍA 25

COMUNIÓN PARA LA MISIÓN

Ningún éxito sin comunión

Se me instruye a decir a mis colaboradores: Si queréis tener los ricos tesoros del cielo, debéis tener comunión secreta con Dios. A menos que hagáis esto, vuestra alma estará tan desprovista del Espíritu Santo como lo estuvieron los montes de Gilboa de rocío y lluvia. Cuando os apresuráis de una cosa a otra, cuando tenéis tanto que hacer que no podéis tomar tiempo para hablar con Dios, ¿cómo podéis esperar poder en vuestra obra?

La razón por la que tantos de nuestros ministros predican discursos insípidos y sin vida es que permiten que una variedad de cosas de naturaleza mundana ocupen su tiempo y atención. A menos que haya un crecimiento constante en la gracia, careceremos de palabras adecuadas para la ocasión. Comunicaos con vuestro propio corazón, y luego comunicaos con Dios. A menos que hagáis esto, vuestros esfuerzos serán infructuosos, hechos así por una prisa y confusión no santificadas.

Muchos, incluso en sus temporadas de devoción, no logran recibir la bendición de la verdadera comunión con Dios. Tienen demasiada prisa. Con pasos apresurados atraviesan el círculo de la amorosa presencia de Cristo, deteniéndose quizá un momento dentro de los sagrados recintos, pero sin esperar consejo. No tienen tiempo para permanecer con el divino Maestro. Con sus cargas regresan a su trabajo.

Estos obreros nunca pueden alcanzar el éxito más alto hasta que aprendan el secreto de la fuerza. Deben darse tiempo para pensar, para orar, para esperar en Dios por una renovación del poder físico, mental y espiritual. Necesitan la influencia elevadora de Su Espíritu. Recibiéndola, serán vivificados por nueva vida. El cuerpo cansado y el cerebro fatigado serán refrescados, el corazón cargado será aliviado.

Cristo vino al mundo para salvarlo, para conectar al hombre caído con el Dios infinito. Los seguidores de Cristo han de ser canales de luz. Manteniendo la comunión con Dios, han de transmitir a los que están en tinieblas y error las bendiciones escogidas que reciben del cielo. Enoc no se contaminó con las iniquidades existentes en su día; ¿por qué habríamos de hacerlo nosotros en nuestro día? Pero podemos, como nuestro Maestro, tener compasión por la humanidad sufriente, piedad

por los desafortunados, y una consideración generosa por los sentimientos y necesidades de los necesitados, los afligidos y los desesperados.

Le deshonramos al hablar de nuestra ineficiencia. En lugar de mirarnos a nosotros mismos, contemplémonos constantemente a Jesús, llegando cada día a ser más y más semejantes a Él, más y más capaces de hablar de Él, mejor preparados para aprovechar Su bondad y ayuda, y para recibir las bendiciones que nos ofrece.

Al vivir así en comunión con Él, nos fortalecemos en Su fuerza, siendo una ayuda y una bendición para los que nos rodean. Si tan solo hiciéramos como el Señor desea que hagamos, nuestros corazones llegarían a ser como arpas sagradas, cada acorde de las cuales haría resonar alabanza y gratitud al Redentor enviado por Dios para quitar el pecado del mundo. . . .

Testimonios para la Iglesia 7:251, La Educación 260-261, Testimonios para la Iglesia 5:113, Mensajes para los Jóvenes 107